EL PALUDISMO

Y LA

desforestación de los montes

SON LA RUINA DE CASTILLA

Memoria leída en Palencia en una de las sesiones del VI Congreso de la Federación Agrícola de Castilla la Vieja, celebrado en Septiembre de 1907

POR

Don Aquilino Macho Tomé

DOCTOR EN FARMACIA

PALENCIA
Imprenta de Tiburcio Martínez Peberoni.—Mayor principal, 244
1907

EL PALUDISMO

Y LA

desforestación de los montes

SON LA RUINA DE CASTILLA

Memoria leída en Palencia en una de las sesiones
del VI Congreso de la Federación Agrícola
de Castilla la Vieja

POR

Don Aquilino Macho Tomé

DOCTOR EN FARMACIA

PALENCIA
Imprenta de Tiburcio Martínez Peberoni.—Mayor principal, 244
1907

Al Sr. Don Ildefonso Mallol
en prueba del sincero afecto
que le profesa su buen amigo.

El Autor

Impreso por el Colegio de
Farmacéuticos de Palencia.

PRÓLOGO

Al Sr. D. Aquilino Macho.

Al aceptar, querido amigo, el encargo que me hace de escribir el prólogo de su precioso opúsculo „El Paludismo y la desforestación de los montes son la ruina de Castilla“ no se me oculta lo difícil de mi empresa, que de buen grado hubiera declinado, si el cariño que le profeso no me obligara á echar sobre mis débiles hombros la labor que esto supone, para quien como yo carece de toda clase de méritos que sirvan de garantía al acierto que su trabajo merece. Es el lienzo dibujado por V. digno de un cuadro que no le haga desmerecer en la cuantía de su valor, y ha escogido su amistad para hacerle al menos apto para ello, al que seguramente no ha de cumplir con el debido acierto el cometido á él encomendado. Confío no sólo en su reconocida benevolencia, si no también en la de los apreciables compañeros y demás personas ilustradas que esto lean, quienes dispensarán mi atrevimiento, en aras del buen deseo que informan estas líneas dedicadas á juzgar el reconocido valor de su opúsculo.

Desde que el ilustre sabio Echegaray se dedicó á *vulgarizar la ciencia* llevando á la prensa sus delicados artículos escritos para que todos entendieran cuanto aquellos encierran de grandioso y de sublime, poniendo al alcance de la inteligencia más corta, las verdades que informan todo lo que admiramos de bello en la naturaleza, son esta clase de trabajos buscados y leídos con verdadero deleite y producen sabrosos frutos traducidos en cultura general, de que tan necesitados nos hallamos en nuestro pueblo.

Y sin embargo de avalorar el gran acierto que el insigne sabio ha tenido, bueno es que aquí se haga público que el humilde farmacéutico en su respectiva localidad, en reuniones públicas, en asociaciones de labradores, en sus tertulias y conversaciones,

viene hace mucho tiempo laborando de continuo en esa vulgarización científica, que produce seguramente el adelanto y el deseo de ilustración que hoy vemos en todos los labradores de Castilla. Es el farmacéutico, por sus conocimientos en ciencias físico-naturales y químicas, hombre de una cultura que le hace maestro en esta clase de enseñanzas, y como en lo general ejerce en localidades pequeñas, donde el libro y el folleto científico no llegan, ha de vulgarizar esta clase de conocimientos entre la gente sencilla que dedica sus faenas al trabajo y cultivo de la tierra.

Hace que el labrador aprenda de manera fácil y sencilla, mucho que para él constituía un enigma, y que de este modo favorece sus empresas y hasta alarga su existencia si los conocimientos que adquiere son relacionados con la higiene, base y fundamento de ella. Son, pues, estas enseñanzas, ora las apliquen á la agricultura si con ella se relacionan, ó á mejorar sus condiciones de salubridad, altamente beneficiosas á la vida rural; y lo mismo el humilde labriego que la persona que por sus títulos debiera saberlo y lo tiene olvidado, aprenden y consiguen llevar á su inteligencia preciosos conocimientos expuestos con maravillosa sencillez y en forma amena é instructiva. He aquí, pues, lo hecho por usted en su meritorio trabajo, ha realizado una obra de vulgarización científica que reune á sus discretas y bien expuestas observaciones, una sencillez en la exposición, un extraordinario valor en la forma dialogada que ha seguido, y un beneficio inmenso á la comarca donde ejerce al describir una endémica enfermedad y prevenirla exponiendo la forma de curarla, con el acierto y buen decir que V. tiene en todo lo que escribe.

No extrañe, querido amigo, que yo le felicite y que al publicarse su opúsculo bajo los auspicios del Colegio de Farmacéuticos de esta Provincia, sea el que en nombre de éste haga público el orgullo y satisfacción que todos tenemos de contar entre los nuestros, un *científico* de sus relevantes condiciones. Es verdad que ya, tribunales de sabios en concursos científicos, han premiado trabajos de V., y bien recientes están sus triunfos en Madrid, donde en 1893, Sádaba, Carracido, Gómez Pamo, Ruiz del Cerro, Angulo y Siboni, le otorgaron el premio, único concedido, en el concurso abierto por la *Farmacia Moderna* por su memoria "Reseña de los productos naturales y muy especialmente de las plantas medicinales expontáneas del partido judicial de Saldaña" y en

los Juegos florales que Palencia celebró en 1901, también el Jurado le otorgó otro premio al reconocido mérito de su trabajo sobre el tema „Medios de estimular el cultivo de los árboles más útiles y adecuados al suelo y clima de esta provincia."

Si la farmacia ha de salir del estado en que se halla, si ha de ser considerada en sociedad cual merece por su cultura, no ha de ser sólo pidiendo mejoras uno y otro día para el ejercicio profesional; el camino mejor de elevarse y de ocupar su puesto, es el de la labor *científica* en el libro, en la prensa, en el laboratorio, es necesario que todos los días salgan á luz, hombres del mérito de V., demostrando bien á las claras lo que somos, lo que podemos valer, si el estudio y la constancia en el trabajo informan nuestros actos.

Perdone, querido amigo, si los párrafos anteriores llegan á herir su reconocida modestia; son justos, y admítales sin protesta; brotan espontáneamente del que siempre le admiró por sus bien cimentados conocimientos y por su incesante labor científica.

E. Nieto.

El paludismo y la desforestación de los montes

SON LA RUINA DE CASTILLA

Memoria leída en Palencia en una de las sesiones del VI Congreso de la Federación Agrícola de Castilla la Vieja, *por D. Aquilino Macho Tomé, Doctor en Farmacia.*

Encontrábame días ha en la capital de nuestra provincia conversando con mis buenos amigos D. Santos Cuadros de Medina y D. Manuel García de los Ríos, cuando hicieron recaer la conversación sobre un asunto de que yo entonces no tenía noticia, acerca del *VI Congreso de la Federación Agrícola de Castilla la Vieja*, de cuyo organismo ellos forman parte.

Encareciéronme la idea de que debiera presentar un escrito que redundara en beneficio de la clase agrícola de nuestro país, siempre que el tema escogido fuera desarrollado en forma tal, que pudiera ser comprendido por las inteligencias más sencillas, y que resultara lo más práctico posible.

Supuse en los primeros momentos que el ruego que me hicieron fuera una broma, pero como sé que personas tan formales y de quienes tengo formado un concepto elevadísimo, no se chancean en asuntos tan serios, no tuve más remedio que aceptar su invitación y cumplir después con mi deber, como lo hago, acudiendo á su llamamiento con este humilde escrito.

Ahora bien, si no acierto á desarrollar el tema con

la profundidad de conocimientos y galanura de estilo, que tanto resaltan y tan bien dicen en toda clase de escritos, cúlpense ellos por haber escogido tan mal adalid; dispensen los demás congresistas mi atrevimiento por lanzarme á la palestra después de haber oído ayer en este mismo local la autorizada voz de dos sabios agustinos, personas prestigiosas y de gran renombre científico, á cuyo lado soy un pigmeo, lo reconozco; pero considerad que vengo porque un deber de amistad así me lo exige, pues de otro modo ya hubiera declinado un cargo tan pesado y tan desproporcionado para mis débiles fuerzas.

Una esperanza me alienta, y es la nobleza, la hidalguía innatas que se albergan en todo pecho castellano, que os hará ser indulgentes y á la vez os hará reflexionar y tener en cuenta que si otros poseen más conocimientos que yo, en cambio nadie me superará en el buen deseo, en la excelente voluntad que me animan á ser útil á mis paisanos.

Si por casualidad se encontrase en las páginas que voy á leer algo que sea digno de tomarse en consideración, que otras personas más competentes é ilustradas recojan la idea y propongan los medios de llevarla á la práctica, pues á mí solamente me corresponde esbozarla.

Habréis observado que en el Ejército, en la Marina, en los centros mineros, en las grandes fábricas, y en casi todas las aglomeraciones de población obrera, la mortalidad ha disminuído. Hasta en las industrias insalubres, como por ejemplo en la extracción del mercurio que produce la carie de los huesos; en la fabricación del fósforo, que ocasiona incendios, quemaduras, envenenamientos y la caries de las mandíbulas; en la industria del plomo, donde los obreros son atacados de cólicos y otros accidentes saturninos; en la disolución del *cautchout*, en el sulfuro de carbono, industria próspera, pero que reduce á los obreros á la impotencia,

produciéndoles parálisis pasajeras; en una palabra, hasta en estas industrias insalubres, tanto la mortalidad como la morbicidad han disminuído. ¿Por qué? Porque se dan reglas estatuyendo el régimen higiénico más conveniente; se marca la duración del trabajo (que en algunas industrias, como la del azogue, suele ser de tres horas cada tercer día) y el beneficio que se obtiene de esta regulación de horas y trabajos, es inmenso, redundando en favor de la clase obrera, industrial y minera.

Unicamente el obrero agrícola es el desatendido, y conste que, aquí donde la propiedad está tan sumamente dividida, llamo clase obrera á la mayoría de los propietarios y colonos. Pues bien, todos, obreros y colonos, están continuamente respirando una atmósfera infecta, un aire malsano, siendo la consecuencia de este abandono higiénico á que están sometidos, el elevarse la mortalidad de estos habitantes hasta una cifra verdaderamente aterradora, siendo esta cifra de mortalidad en algunas comarcas palentinas, muchísimo mayor, proporcionalmente, que la producida por las balas en las guerras modernas.

Y no es esto sólo, sinó que por desgracia nuestra, en esta provincia, la población agrícola de algunas comarcas sufre un gran enervamiento producido por la caquexia palúdica, que impide á los habitantes dedicarse con asiduidad á los rudos trabajos del campo.

Esta pérdida de brazos es una gran pérdida para el bienestar general de las poblaciones; y en este sentido levanto mi débil voz para ver si consigo llevar la convicción al ánimo de las personas que me escuchan, y que ante las corporaciones municipales, ante la Dipución provincial, ante el Parlamento y ante las grandes figuras nacionales, supliquen una mirada compasiva para esta desgraciada región, tan necesitada en este sentido de protección y auxilio.

Aquí llegaba en la redacción de estas cuartillas,

cuando fuí interrumpido por la visita de un labrador muy amigo mío, individuo franco, *llanote,* como son la generalidad de los labradores palentinos, formal y no exento de instrucción, pues, hijo de labradores acomodados de la vega saldañesa, había estudiado los rudimentos de la carrera eclesiástica, y por contrariedades de la vida tuvo que dejar la *beca* para volver á cultivar las tierras que le legaron sus padres.

Después de los mutuos saludos le dije:

—Viene usted más á tiempo que pedrada en ojo de boticario.

¿Qué necesita usted de mí, me contestó, en qué puedo serle útil?

—Me he comprometido á escribir unas cuartillas para ser leídas en el VI Congreso de la Federación Agrícola de Castilla la Vieja, y según las condiciones que exigen, hay que procurar que el escrito sea lo más conciso posible, claro, para que puedan comprenderle los labradores y las autoridades rurales; enseñándoles de un modo sencillo á entender cuestiones higiénicas que expuestas en otra forma no llegaría á comprender su limitada instrucción; y que sean factibles los remedios que se propongan, y usted, como hombre práctico que es en asuntos agrícolas, espero me ayudará á salir del atolladero en que me he metido.

Así, en forma dialogada, usted preguntando y yo contestando, usted hablando el lenguaje sencillo y llano del labriego, y yo prescindiendo en todo lo posible del tecnicismo científico para que resalte más la claridad del escrito, en una palabra, usted atacándome en lo que conceptúe innovación poco práctica, y yo rebatiéndole en lo que considere una rutina, un atraso que debe de desaparecer, quizá nos completemos y podamos entre ambos patentizar abusos que pueden ser corregidos ó por lo menos oídos por las personalidades oficiales que han de escucharnos.

—Poco valgo, me dijo, pero si nuestra conversación ha de resultar beneficiosa para los moradores de

esta nuestra querida provincia, estoy incondicionalmente á su disposición.

—Ya sabe usted, le repliqué, el dicho de que no hay libro por malo que sea que no contenga algo bueno, y como nuestra conversación ha de estar basada en la observación y experiencia diaria, y nuestro deseo de ser útiles á nuestros paisanos no puede ser mejor, creo que por lo menos hemos de merecer la consideración de las personas cultas, que no dejan de abundar en nuestra provincia, y si cometemos alguna falta involuntaria, su bondad nos la sabrá dispensar.

—¿Y cuál va á ser el tema que podamos desarrollar?

—Dadas las relaciones que mi profesión tiene con la agricultura, el tema ha de ser bien sencillo de escoger, vamos á tratar de *El paludismo y la desforestación*, ó lo que es igual, *El paludismo y la desforestación de los montes son la ruina de Castilla.*

—No me parece importante ni adecuado.

—Ya le demostraré que es un doble tema con relación mutua, de cuya importancia nadie puede dudar; es más que importante trascendental, lo que temo es que en esta forma quizá no le sepamos desarrollar; y sinó dígame usted ¿qué es lo más importante, lo que más necesita el labrador?

—*Fuerza* para llevar á cabo los rudos trabajos del campo; *salud* para resistir continuamente la intemperie; *lluvia* abundante para hacer una buena recolección, y *dinero* disponible para poderse manejar.

—Pues, bien, las *fuerzas* se desarrollan, la *salud* se conserva, la vida se prolonga, combatiendo las causas de insalubridad á que el labrador está continuamente sometido. El agua se consigue, la *lluvia* se atrae, haciendo plantaciones; las sequías pertinaces como la de este año son causadas por el inmoderado afán de descuaje, por las imprevisoras talas, que, como ya presentía Humbolt, nos han preparado este doble azote, falta de combustible y falta de agua.

Donde exista arboleda hay riqueza, hay madera que puede venderse y por lo tanto hay *dinero* disponible.

Vea usted como este doble tema abarca las cuestiones más importantes que pueden afectar al labrador. Lo que ocurre es que usted, á pesar de haber estudiado, está aferrado al rutinarismo agrario de algunos adocenados; usted es enemigo del árbol por creer que atrae á las aves y que éstas les destruyen las cosechas; usted es de los que *cavan campo* pretendiendo ahorrarse abono, y lo que hace usted es minar su salud y la de sus convecinos, á la vez que mata de hambre á sus ganados; usted es de los que merecen que se les aplique este párrafo estampado en *Los grandes inventos*, obra del ingeniero alemán Sr. Renleux:

«Hay comarcas donde es general la aversión al arbolado, sin otro motivo que la creencia de que atrae los pájaros y que éstos devoran las semillas. ¡Prosáicas tierras de rudos moradores! ¡Merecéis en cambio no tener una flor ni una gota de agua en vuestros campos, asolados por nubes de insectos! ¡Que entre éstos, más que en las semillas, buscan las aves su natural alimento! ¡Seguid, incultos labriegos, seguid calentando vuestros tristes hogares con paja ó con los excrementos de vuestras bestias!»

Lamento su modo de ser, porque usted, como labrador algo culto, debiera abstenerse de quitar la capa vegetal de las praderas; usted debiera dar el ejemplo inculcando á nuestros paisanos el amor al arbolado, haciéndoles ver las ventajas que las plantaciones reportan.

—No divague usted, exponga pronto el tema y procure convencerme, que bien dificilillo lo veo, no porque yo sea de los obcecados y testarudos, sinó porque presumo que ha de poder aducir pocas razones.

—Voy á reseñar lo observado por mí en la vega saldañesa, comarca que por ser donde usted reside la considerará como la más fértil de la provincia, y que

yo conceptúo como un foco constante de paludismo, como un modelo de países insanos y mortíferos.

Salí de Herrera, mi pueblo natal, hace veinte años para establecerme en Saldaña, y al llegar á esta villa por la parte de la Loma, mi sorpresa fué tremenda, pues como no se ve la vega hasta que se traspone una gran cuesta, me quedé extático cuando repentinamente se presentó ante mi vista la belleza del panorama.

A la derecha se veía un fértil valle, donde descollaba un santuario, símbolo de la fe religiosa de la población.

Abajo, el pueblo, apiñado, resguardado por dos grandes cuestas.

Al frente, dominando á la población, descollando por encima de todos los edificios, un ruinoso castillo con la torre del homenaje almenada. Su presencia hizo venir á mi mente reminiscencias históricas. Acudía á mi imaginación el recuerdo de los apasionados amores de la infortunada reina doña Urraca de Castilla, muerta en el castillo saldañés. Recordaba las fastuosas bodas de D. Alfonso VII, llamado después *el Emperador*, con la virtuosa doña Berenguela, hija del conde barcelonés D. Ramón Berenguer III; y por último, la fortaleza con sus pétreos torreones me recordaba al preclaro obispo palentino D. Sancho de Rojas, que la reedificó en el siglo XV.

Pero lo que más llamó mi atención fué la frondosa vega, que se dilataba en casi toda la extensión que comprendía el horizonte. ¡Qué contraste con los áridos y monótonos terrenos que hasta llegar á ella había tenido que atravesar!

Se veían en serpenteo brillante las transparentes aguas del Carrión.

Los pueblos, ocultos por el follage, no se distinguían, pero podía adivinarse dónde se hallaban situados por ser mayor y más espeso el número de árboles que les rodeaban.

Después de residir unos días en el pueblo, mi sor-

presa fué mayor. Había recorrido la vega. Ví la riqueza inmensa que representaba la madera de los sotos y plantíos; admiré la abundancia de praderas naturales y artificiales, y el capital que implicaba la numerosa y bien cuidada ganadería; y sobre todo, noté la baratura de las subsistencias.

En Herrera las truchas eran rarísimas y costaban á 1'50 pesetas libra. Los cangrejos, entonces relativamente abundantes, valían allí á 0'10 pesetas docena.

En Saldaña llamaba mi atención la abundancia verdaderamente extraordinaria de truchas, tencas, sabogas y cangrejos.

Una libra de truchas pequeñas valía á 0'50 pesetas y las de tamaño regular á 0'75. De tencas y sabogas daban un buen plato por 0'40 pesetas, y de cangrejos llenaban un cesto por una peseta.

La caza era baratísima.

Han transcurrido solamente veinte años; la población no ha aumentado, ¡pero como ha cambiado todo, incluso en lo moral!

El santuario existe, pero la fe religiosa se va entibiando; hay apariencias de fe, hay exterioridad, hay deseos de cumplir con el mundo, hay ganas de exhibirse, de ver y de ser vistos; la indiferencia religiosa cunde; hay, en una palabra, mogigatería.

Claro está que abundan aún las personas sinceramente fervorosas, pues siempre existen excepciones honrosísimas.

El castillo se reduce á unos montones de piedras. La esbelta torre almenada ha desaparecido. El Municipio saldañés no ha sabido apreciar las tradiciones de sus antepasados, y por un puñado de pesetas ha consentido que desaparezca esa defensa medioeval, ese vigía constante que colocado en elevada cúspide atraía las miradas de los viandantes desde muchas leguas en contorno. Las subsistencias encarecen de una manera considerable.

Ha desaparecido la caza; la pesca puede asegurar-

se que no existe; las pocas truchas que venden cuestan á 1,50 peseta libra, y hay vendedores que ya piden á 2 pesetas libra. Los cangrejos se pagan carísimos, como cosa rara que van siendo. De tencas no hay ejemplares.

Las arboledas van siendo sustituídas por charcas y lagunas; las praderas naturales han sido cavadas por los naturales del país, quienes sacan el césped para convertirlo en abono, y como es natural, la verde hierba que servía de alimento á numerosos rebaños ha sido reemplazada por ciénagas y terrenos pantanosos cargados de substancias perniciosas para la salud; el paludismo se enseñorea del país; los niños de pecho son diezmados en las cercanías de estos lugares funestos; los hombres parecen convalecientes, apenas pueden con la azada; las mujeres languidecen, y en estas condiciones, la miseria orgánica se apodera de los cuerpos, y los moradores de la vega saldañesa son atacados de otras enfermedades más peligrosas y terribles; todas las contagiosas se ceban en ellos.

Ver esto es un espectáculo aflictivo.

Lo que digo de los habitantes es también aplicable á los ganados domésticos.

Las epizootías palúdicas son casi endémicas. Los ganados beben las aguas insalubres de estos marjales, y al remover con las patas el limo de las praderas pantanosas (más numerosas éstas cada día, porque cada vez es mayor el afán de estos habitantes por *cavar campo* y destruir los pastos) los ganados comen hierbas demasiado acuosas, poco nutritivas, y como las sanguijuelas aumentan por montones y les chupan la sangre, todo esto contribuye á debilitar á las reses, predisponiéndolas para adquirir toda clase de enfermedades, como la hidroemia ó caquexia de los carneros, las baceras, el carbunco, muy á menudo transmisible á los dueños, etc.

—¿No es esto cierto?

—Ciertísimo, y aun puedo indicarle que hasta las liebres que pastan en esta clase de terrenos encharca-

dos (que nosotros llamamos *navas*) se dañan del bazo, y aun cuando reponemos los ganados y les traemos sanos de otros puntos, aquí, ó son de poca vida ó degeneran pronto, se deterioran, decaen y terminan por contagiarse. Esto sí, es cierto, pero no recuerdo más que casos aislados de animales carbuncosos y no sé de ningún dueño que se haya contagiado.

—No hay pueblo en la vega, en que cada año deje de haber epidemia de carbunco en el ganado y algunos casos de contagio en el hombre.

Sin remontarnos á fechas más lejanas. Hace poco más de un año tuve que encargar suero anticarbuncoso al doctor Ferrán, para combatir lo que ustedes llaman *pernera*. Actualmente hay epidemia en *Poza*, y se va irradiando á los pueblos limítrofes.

Hace dos años, para un pueblo insignificante, no llega á 60 vecinos, despaché en un solo día 14 recetas para otras tantas personas que resultaron carbuncosas, debido á la ambición de aprovechar las pieles y aun las carnes de los animales contagiados.

Tres hombres murieron, cuatro estuvieron muy graves y los demás conservarán señales indelebles de su impremeditación.

Lo que ocurre es que como ustedes no descienden á estos detalles, no les dan importancia ninguna, considerándoles como casos aislados ó raros.

Vea usted como en un corto período de tiempo, *en veinte años* ha variado radical y desfavorablemente este país, estando ya sufriendo todos los habitantes el castigo merecido.

—Médicos y Farmacéuticos, como lobos de una misma camada, son ustedes igual, siempre tratando de alarmar á la gente. Yo veo que en mi pueblo acontecen unas cuantas defunciones al año, y se acabó; no creo que sea motivo de alarmas y aspavientos y más siendo niños la mayor parte de los que mueren.

—Qué teorías más egoistas sostienen ustedes; figurarse que los niños no tienen importancia.

Sepa usted que los niños son los hombres del porvenir; los que han de contribuir con su trabajo al sostenimiento de las cargas del Estado, los destinados á defender el honor inmaculado de la Patria, pues muertos ó enfermos ellos y nosotros caducos, no habría quien la protegiera ni amparara, y estaría á merced de la primera nación ambiciosa que quisiera conquistarla.

Para que vea usted la proporción enorme que representan esas cuantas defunciones *sin importancia* según usted dice, voy á tomar como tipo de la región palentina, á la zona saldañesa, comarca que dentro del partido judicial de su nombre comprenderá unos 250 kilómetros cuadrados; poblada próximamente por 8000 habitantes que residen en 28 pueblos y en infinidad de caseríos, molinos, batanes y otros artefactos, siendo el pueblo que ha de servirnos de tipo ó modelo comparativo *Villaluenga de la Vega*, por ser donde reina más el paludismo.

Este pueblo dividido en dos barrios (Villaluenga y Gabiños) es cabeza del Ayuntamiento de su nombre, y hace unos diez años (que fué cuando adquirí estos datos) constaba de 750 habitantes, incluyendo los de sus agregados *Barrios de la Vega, Quintana y Santa Olaja*.

He aquí las defunciones ocurridas en el mencionado distrito durante el quinquenio de 1889 á 1893.

AÑOS	DEFUNCIONES		Total defunciones
	De adultos	De niños	
1889	12	27	39
1890	18	33	51
1891	16	14	30
1892	8	25	33
1893	19	48	67

Ocurrieron pues 220 defunciones en el quinquenio, 73 de adultos y 147 de niños; cifra enormísima y más que enorme aterradora, pues da un promedio anual de **sesenta defunciones por cada mil habitantes,** siendo así que

en las capitales más populosas é insanas de Europa no mueren más del 30 por mil (exceptuando Madrid que es conceptuada como una de las capitales más mortíferas del orbe, y no pasa del 37 por mil).

Estos datos se refieren como decimos á un quinquenio, pues si hubiéramos de referirnos al año 1893, la comparación sería mucho más aterradora, porque en dicho año sube la proporción al 89,3 por mil, casi al *noventa por mil.*

No suponga usted que los datos consignados sean inciertos ó caprichosos, pues están sacados del Registro Civil.

Esta cifra que á primera vista le parecerá insignificante y baladí, no puede sin embargo ser más aterradora y demuestra de la manera más palpable el punible abandono higiénico en que aquí se vive.

Para demostrarlo, nada hay más elocuente que los hechos y los números, por consiguiente voy á comparar las cifras de mortalidad de ese pueblo, no con otros pueblos rurales, sinó con las grandes poblaciones del globo, donde los habitantes rindan más tributo á la muerte, y verá usted que en la vega saldañesa es considerablemente mayor la cifra relativa de mortalidad.

Sea Londres la capital que nos sirva de tipo de comparación; y conste que siento no tener á mano estadísticas modernas que acusan una mortalidad notablemente decreciente, así que, aun cuando pierda en la comparación, me valdré de la estadística del 1888, única que tengo á la vista.

En Londres, donde había entonces aglomerados 4.300,000 habitantes; donde la actividad individual es prodigiosa, y la excitación cerebral producida por los estudios es enorme; donde las nieblas, el humo, el gas, el vapor, las industrias y las emanaciones del hombre debieran envenenar el aire y hacerle irrespirable; en Londres, repito, morían en dicha fecha el 19,9 por mil.

En la vega ya hemos visto que llega al 60 por mil, es decir tres veces más, y aun cuatro veces y media

algunos años. De suerte que, en vez de las 85.570 defunciones anuales que tenían lugar en tan populosa ciudad, la corresponderían (si existiera la mortalidad que en la vega saldañesa) 258.000 defunciones anuales por término medio, y aun algunos años 384.000. Ya ve usted si es diferencia enorme.

Por eso aseguraba antes que este país que habitamos es tan mortífero ó más que las orillas del Ganges, donde existen los pueblos originarios de la peste bubónica y del cólera morbo.

—¿Cuál es la causa que motiva esa diferencia?

—Muy sencilla. En Londres no hay, como aquí, acúmulo de basuras dentro de la población, y rige un código sanitario perfectamente meditado que se respeta y se hace cumplir; y en cambio en la vega hay mucho abandono, falta de aseo; suciedad y estercoleros por todas partes; cuadras y establos poco menos que en comunicación con las cocinas; habitaciones húmedas y poco ventiladas; descuaje del arbolado tan beneficioso para la salud, y encharcamiento de las calles y terrenos inmediatos, siendo en estas condiciones, cada vivienda, un foco constante de paludismo é infección.

¿Ve usted como tiene gran importancia esa que usted creía *insignificante mortalidad?*

Yo le aseguro que si esta cifra proporcional de defunciones ocurriera en Bombay ó en la China, vería usted qué pronto se alarmaban los Gobiernos europeos; vería usted como los periodistas clamarían al Cielo (y con razón) pidiendo á grandes voces protección y amparo á los poderes públicos.

Que les arrebatasen á ustedes los hijos para llevarles á una guerra cruenta, y daría gusto ver cómo chillarían y con cuánto tesón protestarían; y sin embargo están ustedes siendo víctimas propiciatorias de una guerra diaria que les debilita, les quita fuerzas, les arrebata vidas preciosas, y permanecen ustedes indiferentes y resignados. No tiene nada de extraño que los de arriba, los que tienen el deber de bajar la mano á

estos importantes asuntos, viéndoles á ustedes inactivos, apáticos y silenciosos, callen también y se crucen de brazos.

—Crea usted que voy convenciéndome en parte, pero en parte también va usted excitando mi amor propio y mi curiosidad, y ya estoy deseando saber lo que es el *dichoso* paludismo.

—El paludismo es lo que en Italia denominan *malaria*, y lo que ustedes llaman vulgarmente *calenturas*, intermitentes, cuartanas, tercianas, etc., es una enfermedad microbiana.

—Vaya, lo que suponía, salieron á relucir los microbios. ¿Ha visto usted también esos *bichos?* ¿Es usted de los partidarios de esas paparruchas?

Pamplinas y más pamplinas. Antes no se conocían los microbios y la gente duraba más, bastante más que hoy que parecen todos encanijados.

Mi abuelo duró 96 años; á ver si dura hoy tanto la gente.

—Está usted en un error crasísimo, y dispénseme que le diga que no sabe lo que se dice.

Al dar á conocer Duvillars sus célebres cuadros estadísticos, ya se demostró que antes la duración media de la vida era menor, mucho menor que en la actualidad.

En 1789, era de 28 años; en 1817, de 31 años; en 1853 ya llegó á 36 años; hoy pasa de esta cifra; lo que está en oposición completa con la creencia vulgar de que nuestros antepasados vivían más, mucho más que nosotros; pero claro está, el vulgo (y conste que llamo vulgo á muchas personas que como usted han estudiado y se dicen ilustradas), el vulgo, digo, es desconocedor de los principios higiénicos; no desciende á desentrañar y analizar estas cuestiones siempre difíciles; no ve más, que un abuelo, como el de usted, vivió cerca de un siglo, pero ignora ó desconoce que en cambio toda la demás familia desapareció pronto de la faz del mundo.

Hoy está plenamente demostrado que la duración media de la vida ha crecido en relación con los progresos de la civilización.

Ya ha visto usted la relación proporcional que existe entre las defunciones de Villaluenga, pueblo atrasado, y Londres, urbe de la más floridas y prósperas.

Aquellas epidemias de viruela y de cólera morboasiático que diezmaban las poblaciones, que hacían temblar de espanto á los pueblos, que constituían un azote de la humanidad, han desaparecido; en las naciones cultas apenas se oye hablar de ellas, y si se habla es como de una cosa rarísima, no existente.

En Alemania no conocen la viruela, la han hecho desaparecer.

En Cuba, los yanquis han hecho disminuir la fiebre amarilla.

El escorbuto y las intermitentes que llenaban de espectros vivientes las calles de las poblaciones y que producían gran número de víctimas, pueden, en los países civilizados, considerarse como desaparecidas, gracias á la aplicación de remedios científicos y á preceptos higiénicos bien determinados.

Hoy ninguna epidemia, por desoladora que se presente, nos causa pavor. Si procede de países ultralejanos, se sale briosamente á su encuentro, se la mira de frente, observándola con serenidad; se estudia un plan ordenado para combatirla, y las avanzadas de los ejércitos sanitarios, con los elementos de que disponen en puertos y lazaretos, suelen ser suficientes para ahuyentarla y recluirla á los países más atrasados é incultos.

—Por todas partes me ataca usted y aunque quisiera contestarle no puedo; tengo que darme por convencido.

Sírvase explicarme qué son los microbios; si puede conocérseles y distinguírseles; si son *bichos* ó no; en una palabra, ilústreme en este sentido para que otra persona con quien no tenga tanta confianza como con usted no pueda llamarme ignorante.

—Gustosísimo haré esta digresión, que en realidad no es impertinente para terminar de desarrollar el tema, pero quizá me haga demasiado pesado.

—No sea usted niño, que el saber no ocupa lugar, y tal vez algunos labradores, y no labradores, agradezcamos que se nos expliquen estas cosas, que por no saberlas solemos tomar á broma, y después pagamos las consecuencias.

—Creo como usted que es útil difundir y aun vulgarizar ciertos conocimientos; y sin más preámbulos entro en materia:

Entre las obras salidas de las manos del Artífice incomparable, del Creador del Universo, llaman poderosamente la atención del hombre, extasiándole, admirándole y siendo causa preferente de sus estudios, el *Macrocosmos* y el *Microcosmos*.

El *macrocosmos* es el mundo de los cuerpos sidéreos, el mundo de los astros, el mundo de lo infinitamente grande, donde el hombre ha tenido la osadía de penetrar ya su mirada, descifrando algunos arcanos, consiguiendo saber parte del secreto de los movimientos, de las atracciones, de las distancias inconmensurables, y hasta atreviéndose á seguir y marcar el curso de los planetas.

El *microcosmos* (1) es el mundo de lo invisible, de lo infinitamente pequeño, notable por la maravillosa sencillez de su organización.

Creo que en los estudios del macrocosmos y del microcosmos, de lo infinitamente grande y de lo infinitamente pequeño, es donde mejor puede llegarse á comprender la sublimidad y grandeza del Supremo Hacedor, su sabiduría y su fuerza omnipotente.

Pasteur, una de las glorias de la humanidad, fué quien puso los primeros jalones que sirvieron de guía para fundar la teoría microbiana.

Hizo investigaciones acerca de las enfermedades

(1) Aparte de lo referente al hombre, como mundo asombroso y diminuto.

carbuncosas; estudió detenidamente las terribles plagas septicémicas; verificó experiencias para conocer el origen de las *baceras* que diezmaban á los ganados domésticos; averiguó el origen parasitario de las epidemias que destruían á los gusanos de la seda; en una palabra, demostró que hasta de lo más diminuto y despreciable puede el hombre sacar grandes utilidades.

Otros sabios han seguido la senda por él trazada, entre ellos uno de sus discípulos predilectos, Roux, haciendo aplicaciones brillantes y fecundas que han esclarecido el origen de las enfermedades contagiosas.

—Pero sepamos, son *bichos* ó no?

—Hay microorganismos, seres infinitamente pequeños, que son de origen animal, á estos, los naturalistas les llaman *protozoos;* y hay otros de origen vegetal ó *protofitos;* entre éstos se encuentran los hongos.

Los hongos microscópicos juegan un importante papel en la naturaleza. A ellos corresponden ciertas levaduras; á ellos son debidas las fermentaciones alcohólica y acética; por consiguiente, sin ellos difícilmente obtendríamos vino, sidra y cerveza; nos costaría producir vinagre, y con trabajo preparíamos el pan.

Desgraciadamente los perjuicios que al hombre causan los hongos microscópicos, sobrepujan con mucho á la parte de utilidades que nos pueden reportar.

Hongos son los que atacan los campos cultivados de patatas, de azafrán, etc; hongos son igualmente los que producen el *tizón* y la *niebla* de los cereales; los *mohos* que alteran varios productos de la economía doméstica; y finalmente son hongos los parásitos vegetales que matan á las abejas por millares, despoblando los colmenares.

Los más interesantes de estos organismos son los *bacterias;* éstas son los verdaderos *microbios,* á los que algunos indivíduos llaman *bichos*, sin serlo.

Algunos observadores creyeron á estos organismos de orígen animal, por estar dotados de movimientos

muy manifiestos, pero hoy los fitólogos han demostrado de una manera concluyente su orígen vegetal.

Son plantas criptogámicas, son algas, y á esta familia pertenece la causante del paludismo.

—Perdóneme que le diga que las algas, yo las he visto en el mar, son grandes, no son microscópicas.

—Hay algas que podemos llamar *macroscópicas*, verdaderamente gigantescas, que como la *Macrocystis pirifera*, llega á alcanzar una longitud de más de 200 metros; y en cambio hay otras tan sumamente diminutas como la *Achnanthidium delicatulum*, alga diatomácea la más pequeña que existe, de la que según Brun caben 40 millones de indivíduos en un milímetro cúbico, ó sea en un espacio poco mayor del que ocuparía una camotita de alfiler.

—¿Y cómo pueden contarlas?

—Con microscópios de grandes aumentos y con auxilio de aparatos llamados micrómetros.

—¿Son muy complicadas?

—Son células vivientes de constitución sencillísima. Un protoplasma, que es la materia fundamental y una membrana ó envoltura, son sus elementos esenciales.

—¿Pueden vivir siendo tan sencillas? ¿Pueden moverse? Un cambio brusco de temperatura las destruirá.

—Las hay inmóviles y las hay dotadas de movimiento; unas y otras dan señales inequívocas de vitalidad; se nutren, crecen, se renuevan, se reproducen, y como todo lo existente terminan por morir; pero algunas son de una resistencia vital admirable.

En las aguas termales casi en estado de ebullición, existen bacterias; y en las nieves de los Alpes descubrió Saussure manchas ó salpicaduras como de sangre, que eran colonias ó grupos de un alga microscópica de color rojo el *Chlamydococcus nivalis*.

—De suerte que los microbios tienen color.

—Les hay incoloros y otros que tienen tintes atractivos, bellísimos.

A varias algas microscópicas se atribuyen las colo-

raciones variadísimas que se observan en el mar en superficies considerables, de muchos millones de metros cuadrados de extensión.

—Dice usted que se reproducen?

—Se multiplican de un modo prodigioso.

Una sola célula puede producir según *Cohn* hasta más de tres billones de indivíduos en tres días.

—Entonces terminarán por cubrir la tierra y nosotros feneceremos.

—Su dispersión es extraordinaria, sí; se encuentran á nuestro alrededor, en el aire que respiramos, en el agua que bebemos, en la tierra que pisamos, en nuestros vestidos, en nuestras habitaciones, en las cavidades de nuestro cuerpo; alteran nuestros alimentos, y en fin, por todas partes existen colonias microbianas.

Hay terrenos de extensión inmensa y de muchos metros de profundidad, constituídos casi exclusivamente por las envolturas ó restos de algas diatomáceas sumamente diminutas, de ahí puede usted deducir lo prodigioso de su número; pero afortunadamente para el hombre son muchas las causas que contribuyen á paralizar é impiden la prodigiosa multiplicación de las bacterias nocivas. Las tormentas, el sol y otros agentes naturales son los mejores microbicidas.

—Según eso, ¿hay bacterias beneficiosas?

—Las hay nocivas, pero también las hay beneficiosas, y así se mantiene ese equilibrio admirable que nos hace comprender la sabiduría infinita del Autor de todo lo creado.

Beneficiosas son las que producen la putrefacción, sin ellas no habría abonos, ni agricultura posible; igualmente lo son las que motivan ciertas fermentaciones como la estomacal y varias *saprofitas* que á veces suelen purificar las aguas haciéndolas potables; y para no cansar más, beneficiosas y útiles á la agricultura son las de la nitrificación y otras que modifican, transforman y hacen asimilables los elementos del suelo.

Nocivas son las patógenas ó productoras de enfer-

medades que atacan al hombre, debilitan su organismo y en ocasiones concluyen por matarle; y aunque la bacteriología está en mantillas, se ha llegado á comprender la importancia que para la salubridad pública puede obtenerse del conocimiento de la flora algológica, y se dispone de medios para distinguir y diferenciar unas especies de otras con absoluta identidad. La más difícil de caracterizar es la que suponen originaria del paludismo.

—Me va usted llevando de un modo insensible para convencerme de que el parásito del paludismo es de origen microbiano, que es precisamente lo que yo me resistía á confesar.

—La opinión de que la intoxicación palustre es debida á la penetración de parásitos en la sangre es ya antigua, y que la enfermedad es de orígen microbiano es evidente.

Así lo ha demostrado el primero, Laverán, en una memoria presentada á la Academia de Ciencias de París, en el año 1881, haciendo constar que en la sangre de los atacados por fiebres palúdicas, se distinguían vistos al microscopio, elementos parasitarios que afectaban formas muy diversas y deformaban los hematies ó glóbulos rojos de la sangre.

Las investigaciones de Richart, Marchiafaba y Celli, etc, han dilucidado bastante este asunto tanto bajo el punto de vista morfológico como del fisiológico; aportando numerosas conclusiones para el esclarecimiento de la infección palúdica, que según ellos es debida á organismos inferiores, algas sobre todo, que se desenvuelven abundantemente en las regiones pantanosas donde reina la fiebre intermitente.

—En qué quedamos, es *bicho* ó es planta el parásito de la intermitente?

—Collet, Dieulafoy y otros patólogos callan el orígen del parásito; pero es de suponer que se inclinarán por su génesis animal puesto que le llaman *hematozoario* y *flagelado*.

Richart y otros muchos, afirman de una manera concluyente la procedencia vegetal, considerándole, bien sea como un alga nostocácea *(oscillaria mallariæ)*, ó bien como un alga cianofícea *(bacillus mallariæ)*.

Por último, hay quien pretende no quitar la razón á ninguno, y para que nadie se resienta, consideran al parásito como un *protista*, como un organismo intermedio, difícil de caracterizar, y que lo mismo puede confundirse con un animal que con un vegetal.

Dejemos que los sabios se pongan de acuerdo respecto al orígen del parásito, ya que en todo lo demás van perfectamente conformes, muy particularmente en lo que se refiere á su morfología y fases de evolución ó manera de propagarse. (1)

---

(1) Para mayor claridad se incluyen varias figuras notablemente ampliadas, representando las formas que afecta el parásito y sus distintas fases de evolución. También se representan gráficamente varios glóbulos rojos de la sangre, deformados.

Aun cuando en la lámina se describe el gradual desenvolvimiento del parásito, hemos de indicar por lo clara y sencilla la comparación vulgar que establece Richart al decir que el parásito se desenvuelve dentro del glóbulo rojo de un modo parecido á como lo verifica el gorgojo en la lenteja.

Así como el gorgojo se desarrolla dentro de la lenteja, se nutre con la fécula y perfora la cutícula de la semilla ó *epispermo* para salir al exterior, así el parásito de la malaria se desarrolla en el interior del glóbulo rojo de la sangre, se nutre de la hemoglobina (por eso pierde ésta su coloración) y queda sólo la envoltura de la célula, saliendo el parásito á través de dicha membrana para nadar en el plasma sanguíneo.

Dice Richart, que este fenómeno de la emigración del parásito es un hecho comprobado. Se ve cómo el *cuerpo esférico* oscila lentamente, al mismo tiempo que el *flagelo* se mueve con gran rapidez, á la manera que una vara flexible se mueve en el aire cuando la sacude una mano vigorosa.

La presencia del microbio palustre, dice Bouchardat que constituye un elemento precioso bajo el punto de vista del diagnóstico.

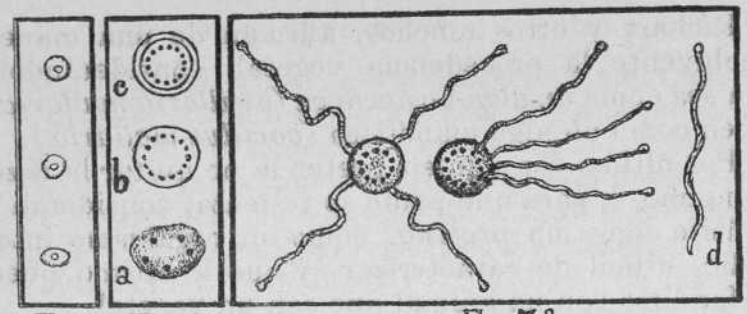

Fig. 1.ª Fig. 2.ª Fig. 3.ª

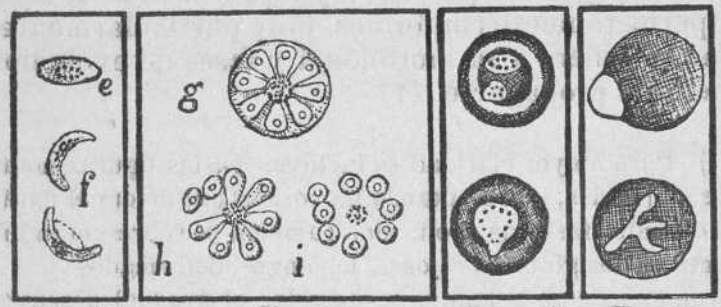

Fig. 4.ª Fig. 5.ª Fig. 6.ª Fig. 7.ª

Las fases de evolución del parásito son generalmente estas:

1.° Aparece la **espora** ú órgano reproductor. (figura 1.ª).

2.° La espora se agranda, constituyendo el **cuerpo esférico** cargado de granos pigmentarios dispuestos en círculo. (figura 2.ª).

3.° y 4.° El cuerpo esférico emite **flagelos** ó filamentos dotados de movimientos rapidísimos, (figura 3.ª). Estos filamentos terminados por un extremo en forma de bolita, se disocian (d) y el cuerpo esférico queda convertido en **cuerpo ovalar** (e) ó en **cuerpo semilunar** (letra f de la figura 4.ª) que se acopla al glóbulo rojo ya digerido.

5.° El cuerpo semilunar se transforma en **cuerpo en roseta** (g de la figura 5.ª) que se segmenta (h) disgregándose y convirtiéndose en células nucleadas ó esporas (i) que se lanzan al plasma sanguíneo para continuar su ciclo evolutivo.

La figura 6.ª representa hemáties ó glóbulos rojos con cuerpos esféricos pigmentados.

Los dos glóbulos rojos deformados de la figura 7.ª representan lo que se denomina forma endoglobular del parásito.

—¿Y cómo puede penetrar en nuestro interior?

—El contagio puede ser *exterior*, *interior* y por *inoculación*.

Exterior, por respirar al anochecer el aire mefítico de los pantanos, porque al ponerse el sol, los miasmas,

efluvios y toda clase de corpúsculos tenuísimos son arrastrados por el vapor acuoso que se condensa y ocupan las capas inferiores de la atmósfera más próximas á tierra y el indivíduo sano se expone á perder la salud.

Al *interior*, por ingestión de aguas malsanas ó cargadas de materias vegetales en descomposición.

Así lo han demostrado Laveran y Klebs más principalmente.

Varios exploradores que en las comarcas palustres han usado para bebida habitual agua hervida, no han sufrido infección palúdica; y por el contrario otros que habían bebido un vaso de agua en el que había caído algún mosquito de los pantanos, resultaron contagiados.

Por *inoculación*. Hoy día se cree demostrado que la infección es debida á la picadura de unos mosquitos que pululan en los lugares pantanosos, siendo los principales propagadores los mosquitos llamados *anopheles*.

—En eso si que no voy conforme por más que lo digan los sabios, pues la «experiencia es la madre de la ciencia.»

Mis criados y yo, estando en las charcas de *Las Navas* (así llamamos á los lugares pantanosos de la Vega) hemos sido picados muchas veces por nubes de mosquitos, que nos levantaban ronchones terribles, nos excitaban, nos ponían nerviosos con sus picaduras, y aparte del malestar consiguiente, no hemos sentido novedad ninguna; y en cambio en Otoño é Invierno, cuando no hay mosquitos, pocas seremos las familias que nos veamos libres de algún acceso febril.

—Voy en parte conforme con usted, porque en veinte años que llevo aquí de residencia, solamente he visto un mosquito de los denominados anopheles, (1)

(1) Y por cierto que sólo tenía un punto negro en las alas, por lo que supongo que si le hubiera visto algún entomólogo, le hubiera bautizado quizá con el nombre de *anopheles monopunctata*.

pero tenga usted en cuenta que según investigaciones recientes, de cada cien insectos, de éstos, sólo diez ó doce resultan virulentos.

Por lo demás, está evidentemente demostrado que el mosquito es el propagador de la malaria; recoge en sus patas y en su trompa los gérmenes palúdicos de la superficie de los pantanos y por picadura los trasmite al torrente circulatorio del hombre, desarrollándose dentro de los glóbulos rojos en las distintas fases ya explicadas.

De esto se han hecho experiencias decisivas, entre otros puntos en las *Lagunas Pontinas*.

Unos indivíduos respiraban durante varias noches consecutivas el aire malsano de las lagunas, pero resguardados por telas metálicas tupidas que impedían el paso de los mosquitos, y dichas personas resultaron indemnes. Al mismo tiempo otras personas permanecían al aire libre y sin cubierta protectora, expuestas á las picaduras de los mosquitos; todas estas personas resultaron atacadas de paludismo.

A pesar de estas experiencias, voy más conforme con la opinión de algunos bacteriólogos que creen que el contagio puede tener lugar de las tres maneras enunciadas.

—Felices serán nuestros paisanos los *campesinos*.

—¿Por qué?

—Porque como en su tierra no hay sitios encharcados por las aguas, no sentirán los tristes efectos de las calenturas como nosotros.

—No tengo hecho estudios del resto de la provincia, pero supongo que los demás palentinos tampoco estarán de enhorabuena, y me fundo para ello en que el suelo de sus campos está constituído por arcillas, y ya hace tiempo que el gran botánico Linneo hizo observar la relación existente entre los terrenos arcillosos y el paludismo; é infinidad de higienistas han aportado pruebas numerosas, demostrando que las intermitentes reinan allí donde las capas impermeables de arcilla es-

tán cerca de la superficie del suelo, aunque no haya pantanos; por eso supongo que muchos pueblos de esta provincia, aunque sus inmediaciones no sean pantanosas, han de ser focos perennes de paludismo, porque las aguas pluviales asociadas á los restos vegetales de rastrojeras, abonos, etc., darán orígen al desenvolvimiento de efluvios y miasmas, pululando en las capas superficiales del terreno una flora algológica patógena, ocupando lugar preferente la especie originaria del paludismo.

Así ocurre donde hay margas arcillosas, por lo tanto no ha de ser una excepción esta provincia, en la que tanto abundan las tierras que ustedes llaman *barrializas*.

—¿No hay excepción ninguna? ¿No hay algún país privilegiado en este sentido?

—En Nueva Caledonia, en las Molucas, y en algunas islas de la Oceanía, cubiertas de pantanos, las intermitentes son desconocidas, y se atribuye esto á que en las aguas encharcadas se desarrollan unos vegetales del género *melaleuca*, cuyas hojas segregan una esencia que impide el desarrollo de ciertos microbios toxíferos; lo que se comprueba porque este vegetal es de la misma familia botánica que los *eucaliptus*, que también producen materias astringentes y balsámicas, y segregan esencias que impiden la diseminación de los efluvios palúdicos.

—Hasta qué distancia pueden propagarse los organismos que producen las fiebres intermitentes?

—Se asegura que en las costas orientales de Inglaterra se han presentado epidemias de paludismo que se suponían procedentes de los pantanos holandeses, situados á 200 kilómetros de distancia, creyéndose que los efluvios habían sido arrastrados por los vientos.

En cambio también se ha observado que un obstáculo cualquiera, por ejemplo una colina ó *una arboleda frondosa*, situada entre un pueblo y una laguna próxima, han impedido la difusión y propagación de las fiebres palúdicas.

—Aunque á regañadientes, no tengo más remedio que confesar que ya estoy enterado de la manera de propagarse esta enfermedad que nos diezma y aniquila, que nos predispone á la anemia, que nos quita fuerzas para manejar los aperos de labranza, no dejándonos resistencia para el trabajo ni para sufrir los cambios de calor y frío excesivos; nos quita el apetito, nos arrebata el color sano de la piel y causa mil trastornos en nuestro organismo. Por mi parte procuraré permanecer lo menos posible al lado de las aguas tan pronto como se ponga el sol, pero no quiero ser egoista y desearía saber algún remedio más para comunicarle á mis convecinos.

—El paludismo es una de las enfermedades que pueden ser vencidas por la higiene.

El progreso en los cultivos hace decrecer la mortalidad.

En las granjas agrícolas y en los cotos colectivos donde se cultiva la tierra de un modo racional y científico y donde se guardan y hacen cumplir las leyes de la higiene, crece la vida media de los obreros agrícolas, lo que se comprende, porque no se desperdician las aguas; ni en establos y corrales infectan la atmósfera los abonos ó fiemos como ocurre en las posesiones de los particulares, en las que por incuria y abandono les dejan fermentar al aire libre, perdiéndose gran cantidad de principios fertilizantes y creando alrededor de las viviendas un aire mefítico é insano, propagador de toda clase de gérmenes que emponzoñan y vician el ambiente.

—Comprendo la utilidad del remedio, porque viene á darse la mano con lo que viene aconsejándonos insistentemente desde las columnas de la prensa local nuestro ilustrado paisano el agrólogo D. Braulio Mañueco, para curar los males producidos por nuestro atraso agrario, pero el remedio es poco práctico para nosotros, porque aferrados como estamos al rutinarismo casi

atávico, hemos de tardar algún tiempo aún en seguir la marcha progresiva de los pueblos cultos.

—Le propondré cuatro distintos y de resultados eficaces:

Empleo abundante de sulfato de quinina; desecamiento de los terrenos insalubres; riegos con petróleo, y plantación de arbolado.

Antes de conocerse la quinina se despoblaban comarcas enteras; la muerte de los febricitantes era inminente.

Los españoles fueron los primeros que usaron la quina. Un inca, un indio del Perú, supo que estaba enferma de calenturas la condesa de Chinchón, esposa del Virey, y regaló unos polvos al Corregidor de Loja para entregárseles á la enferma; aquellos polvos eran de corteza de quina, y aunque lentamente, la Condesa curó.

Dicho se está que desde entonces se dedicaron los españoles á la busca de cascarillas (así llamaban á los árboles de la quina). Según mi querido maestro señor Gómez Pamo, fué en Sevilla donde se vendieron por primera vez polvos de quina á un precio fabuloso. Les vendía el médico de los condes de Chinchón.

No tiene nada de extraño que la buena quina fuera en aquellas épocas patrimonio exclusivo de las clases privilegiadas, y que unas cuantas libras de esta corteza fueran regaladas por nuestros monarcas á los demás soberanos de Europa como un presente verdaderamente regio.

El afán de lucro de los conquistadores españoles y la imprevisión de los vireyes, dieron por resultado el descuajar de *cascarillas* nuestras posesiones ultramarinas, quedándonos, como por aquí se dice, á la luna de Valencia.

Ingleses, holandeses y otros pueblos más cultos y previsores que nosotros, mirando por la salud de la humanidad (sin desatender por eso el interés comercial) han hecho grandes plantaciones de estos árboles bene-

ficiosos, abaratando de un modo considerable el producto.

Gracias á estos pueblos progresivos, los desheredados de la fortuna pueden hoy día disponer de la *quinina,* principio activo cien veces más eficaz y mucho más económico que las cortezas con que se regalaban antiguamente las testas coronadas.

—¡Si V. quisiera decirme cómo debe de tomarse la quinina! porque los *ministrantes* nos la recetan y no siempre se nos *cortan* las calenturas.

—Cuando un practicante ó un médico anticuado (de los pocos que existen por fortuna) le prescriba á V. pequeñas dósis de quinina disueltas en grandes cantidades de agua; un gramo por ejemplo en 500 de agua, para tomar á cucharadas, no lo tome V. porque á la molestia que le producirá el amargo intenso del medicamento, se agrega la ineficacia de éste, porque la mayor parte de la quinina es eliminada por la orina. El mejor medio de tomarla es en sellos ó en solución concentrada, que es de fácil y pronta absorción, pero siempre en dósis masivas, hasta producir la saturación ó borrachera quínica, caracterizada por la sordera ó zumbido de oídos. Así no hay intermitente que se resista.

Ya sabe V. que estoy viviendo en la plaza, al pié de un arroyo, mejor dicho al pié de una cloaca inmunda, afrenta de las autoridades saldañesas que no se toman interés por la salud del vecindario.

Casi todos los años, en mi casa, hemos resultado atacados de paludismo; hasta la enfermedad más sencilla degenera en esta población en una intermitente marcadísima. Empleo en mi familia el sulfato de quinina en la forma dicha, en sellos en los adultos, y en solución muy concentrada (al uno por diez) en los niños, un gramo diario próximamente, en dos veces y repetido durante tres días consecutivos; y al cuarto día ó antes se consigue la convalecencia.

Ahora bien, creo un deber advertirle que, así como

es conveniente saber la manera de administrar la quinina, porque puede serles útil en los caseríos y en los pueblos pequeños, en casos urgentes y cuando quieran prescindir de algún *ministrante* poco práctico, en cambio es de absoluta necesidad en todos estos casos llamar pronto á un médico sensato y prudente, pues las dosis varían según la edad y la intensidad de la dolencia, y porque la intermitente puede degenerar en una perniciosa ó en otra enfermedad grave, que convenga combatir desde los primeros momentos.

—Sepamos, siquiera por agradecimiento, quién ó quiénes fueron los descubridores de este importante remedio.

—Dos farmacéuticos, Pelletier y Caventon, sin ruidos, sin alharacas, sin pomposos anuncios, descubrieron la quinina en el año 1820. Estos dos modestos farmacéuticos, en el silencio de su laboratorio, han sido más útiles á la humanidad que algunos guerreros á los que inmortaliza la fama.

—Buenas *perras* les valdría el descubrimiento.

—Los *confeccionadores* de panaceas y especialidades podrán ser interesados, los verdaderos sabios no lo son jamás; cifran su orgullo en ser útiles á la humanidad, contentándose con el agradecimiento de sus coetáneos ó con que las generaciones futuras les dediquen algún recuerdo. La prueba está en que estos dos sabios se apresuraron á publicar su descubrimiento en una Memoria que leyeron á la Academia de Ciencias de París, y este Centro científico, después de otorgarles los premios consiguientes, *á título de recompensa nacional*, les declaró *bienhechores de la humanidad,* porque todo el mundo, sin distinción de nacionalidades, goza y disfruta de sus pacíficos descubrimientos.

—Siendo tan eficaz la quinina, no se moleste usted en proponer más remedios.

—Eficaz es, sí, pero como la causa queda subsistente, mientras al foco palúdico no se le haga desaparecer, vendrá como consecuencia inmediata la recidiva.

Por eso verá usted que en la Vega, enfermos que han curado por haber tomado la quinina, apesar de eso vuelven á recaer, volviéndose anémicos, disnéicos, con el rostro terroso, semejándose á cadáveres vivientes.

Acabo de ver en una revista de farmacia, que el Gobierno italiano ha monopolizado la quinina.

Grecia, donde proporcionalmente hay tanto paludismo como en Italia, quiere imitar su ejemplo.

Grecia, en 1905, contaba con dos millones y medio de habitantes, y en tan minúscula nación padecieron la malaria en dicho año 325 mil indivíduos, sucumbiendo cerca de 2000, y la quinina que hubo necesidad de importar se elevó á unos 7000 kilogramos.

El beneficio que el Estado griego espera alcanzar de este monopolio, lo dedicará *al desecamiento de comarcas pantanosas*. (1).

Otro medio eficaz de combatir el paludismo, es el desecamiento ó desagüe de los terrenos encharcados.

La desecación de los expresados lugares ó marjales, es una de las mejoras más importantes, puesto que por este medio la tierra se sanea, se ventila, digámoslo así, perdiendo el exceso de humedad.

En el extranjero, para establecer este sistema de saneamiento ha sido preciso promulgar leyes con objeto de fomentar el cultivo de los terrenos insalubres.

Se han votado créditos extraordinarios. Al amparo de estas leyes, tanto en Inglaterra como en Bélgica, etcétera, se han fundado empresas poderosas, y de este modo se han desecado en Europa muchos miles de kilómetros cuadrados. Comarcas pantanosas han sido saneadas y convertidas en regiones fructíferas, donde reina la animación y la vida.

Modelo de lugares pantanosos desecados es el del lago Fucino en Italia.

Una empresa francesa desecó más de 14.000 hectáreas, cuadruplicó el valor de los terrenos, hizo valer la

---

(1) *El Monitor de la Farmacia.*

hectárea á 3.000 pesetas, y como es natural, realizó un beneficio fabuloso; pero el Gobierno italiano, atendiendo á otra clase de consideraciones, se ha inspirado en sentimientos más elevados; ha excitado el patriotismo por amor al prójimo, y como dice el insigne higienista Bouhardat, de quien tomamos algunos datos, se ha visto pronto que *la abundancia ha sucedido á la miseria, el trabajo en el país ha evitado la emigración, la salud ha reemplazado á la malaria. Tales han sido,* dice, *los resultados humanitarios obtenidos.*

Son tantos y tan evidentes los hechos respecto á que el desecamiento de los terrenos encharcados cambia el aspecto de un país, que no cabe la menor duda en lo referente á este asunto, pero para que se vea con luz meridiana, que el descuido y la imprevisión pueden volverlo á sembrar de víctimas, voy á extractar lo que dice el Dr. A. Cartat, en *La Nature*, al describir las *Dombes,* llanura pantanosa situada entre el Ródano y el Saona, foco de paludismo tan mortífero como el de la campiña romana.

El caso de las Dombes, puede servir de escarmiento á los habitantes de la vega saldañesa.

Se trata, como aquí, de una llanura pantanosa, foco intenso de paludismo.

Autoridades prestigiosas ordenaron desecar los pantanos, y en poco tiempo la morbicidad decreció de un modo notable, la densidad de población aumentó prodigiosamente, la duración media de la vida se elevó en un quinquenio y la prosperidad renació; pero el Gobierno francés tuvo la malhadada idea de votar una ley á fines del año 1905, ordenando que se volviera á inundar la llanura en la forma que antes estaba.

No valió que la Sociedad de Medicina de Lión y el Consejo de Higiene se opusieran tenazmente, la ley fué votada y los resultados no se hicieron esperar.

La cifra de mortalidad ha aumentado; el consumo de quinina se ha duplicado y el paludismo que tan con-

siderablemente se había atenuado, ha vuelto á reaparecer con una recrudescencia terrible.

El Comité de Higiene de Lión, y cuantos sabios se interesan respecto á este particular, están unánimes en atribuir la recrudescencia del paludismo al nuevo estancamiento de las aguas. Esa, dicen, esa es la causa de insalubridad del país.

El Gobierno, por lo visto, contesta, que usando la quinina en grandes dósis y regando los estanques con petróleo, volverá á renacer la salud.

A eso replican los sabios, que el desecamiento es remedio más seguro, duradero y práctico.

De suponer es, que tendrán que perseverar largo tiempo hasta conseguir que se logren sus deseos.

Vea usted como es un caso que puede servir aquí de modelo, incluso en lo de votar leyes sanitarias poco meditadas.

—Cita usted ahí el petróleo, y ya antes indicó que sería uno de los remedios que propondría para la desaparición de las intermitentes.

—Están demostrados sus buenos efectos, y es un hecho, que destruye las larvas de los mosquitos y de otros insectos, é impide la pululación de micro-organismos nocivos y evita las emanaciones palustres.

Muy recientemente se ha podido comprobar en el Canal de Suez, en Ismailia, donde en 1900 se contaron entre los obreros 4.700 casos de paludismo.

En 1904, se mandaron cubrir de una capa de petróleo, tenuísima, todos los depósitos y terrenos que se creía fueran focos de infección palúdica, y el paludismo se contuvo, sólo se dieron dos casos, sólo hubo dos febricitantes.

Es una ventaja en casos urgentes y de epidemias, pero este procedimiento resulta caro por las grandes extensiones que hay que regar; y cuando desaparece la capa petrolífera, vuelve al poco tiempo á reaparecer el foco palúdico. Por eso, aunque el procedimiento sea más paulatino, es más conveniente el desecamien-

to, y de ningún modo se logra mejor que haciendo plantaciones de árboles.

Nos hemos extendido más de lo debido, y como apenas tendremos tiempo disponible para hacer ver la relación que existe entre el paludismo y la deforestación, nos contentaremos con indicar las principales ventajas que reporta el arbolado, citando ejemplos que corroboran y vienen en apoyo de esta tesis.

Bástenos decir que la plantación de árboles debiera de ser la principal riqueza de Castilla, no sólo por los productos que se obtendrían de su explotación, sinó por otros mil beneficios que debieran de tenerse muy en cuenta.

El arbolado modifica favorablemente las temperaturas extremas, regula y modera el equilibrio atmosférico, y es una buena defensa contra las sequías.

Las plantaciones de árboles hacen permeable el suelo, al mismo tiempo que le dan fijeza; y convierten terrenos estériles en campos fructíferos.

Los árboles constituyen una barrera que con su ramaje moderan la impetuosidad de los vientos; y las raíces son un contentivo que impiden la devastación á las aguas torrenciales.

Por último, el arbolado ejerce una influencia benéfica en el organismo humano, purificando la atmósfera de corpúsculos nocivos, y evitando contagios palúdicos; así pues, el perjuicio que se causa á la agricultura y á la salubridad pública con la corta de árboles, es enorme.

—Decía V. que en Nueva Caledonia no había intermitentes, debido á unos vegetales que crecen en las turberas y terrenos pantanosos. ¿No podríamos traerles aquí para hacer desaparecer las intermitentes?

—No, porque esos vegetales, esos *melaleucas* no son aclimatables aquí, pero pueden serlo los *eucaliptus*.

—¿Qué son los *eucaliptus?*

—Unos árboles que crecen pronto y suelen hacerse gigantescos, hermosísimos.

Quien primeramente les vió en las costas de Van-Diemen (Tasmania) fué La Billardiere, quedando admirado al contemplar aquellos bellísimos ejemplares que tenían 28 metros de circunferencia y 152 de altura, estando las primeras ramas á una distancia del suelo de más de 60 metros. En aquella ocasión estaban floridos y pudo recoger sus diminutas flores.

—¿Cómo pudo ver las flores si eran pequeñas?

—Con auxilio del anteojo.

—¿Y cómo pudo recogerlas estando tan altas?

—A tiros.

—¿Hay algún ejemplo práctico de saneamiento por medio de plantaciones de *eucaliptus?*

—Algunas comarcas del globo donde reinaba el paludismo, se consideraban inhabitables, así ocurría en las orillas del Ganges, en los deltas de los grandes ríos americanos y en Argelia. Esta última es el ejemplo más práctico de colonización.

Dicen los franceses: «Es cierto que la Argelia la hemos conquistado por las armas, pero no es menos cierto también que hemos podido adquirirla y habitarla, que hemos cimentado la posesión, gracias á la previsión de nuestros Gobiernos, gracias á las medidas de saneamiento sabiamente adoptadas.»

Una de las medidas de saneamiento ha sido la abundante plantación de eucaliptos.

Los bosques de eucaliptos impregnan la atmósfera de un olor gratísimo. Son verdaderos agentes de purificación atmosférica. Las raíces impiden las fermentaciones, las materias astringentes que poseen precipitan las materias albuminoides nocivas (protoplasmas, etc.) y al mismo tiempo su poderosa fuerza de absorción disipa la excesiva humedad de los terrenos, les deseca. Las esencias desprendidas de hojas, flores y frutos, ozonizan la atmósfera y neutralizan la acción malsana del aire aunque esté viciado por efluvios palúdicos; ade-

más las hojas y ramas obran mecánicamente, tamizando, digámoslo así, todos los corpúsculos que flotan en el aire.

—¿Y qué podemos hacer aquí para conseguir esa clase de plantaciones?

—Escoger especies aclimatables; pero esto no lo podemos hacer sin el auxilio del Gobierno.

Hace cuatro ó cinco años indiqué á un amigo particular mío, muy conocido en esta provincia, la conveniencia de que para hacer ensayos me enviase semilla procedente de eucaliptos de las especies *amigdalina* y *gigantea,* especies vigorosas que alcanzan proporciones colosales y que supuse serían aclimatables en el país.

No agradeceré nunca bastante al aludido señor su amabilidad y la prontitud en remitir las semillas. Estas venían rotuladas y los nombres eran los de las dos especies citadas, pero se conoce que el buen señor debió de adquirlas en casa de un floricultor poco escrupuloso que sorprendió su buena fe, pues al nacer y desarrollarse las plantas pude comprobar que las habían sustituído por las de *eucaliptus globulus*, especie que después de repetidas experiencias se ha deducido que no es aclimatable en este país, pues las plantas jóvenes, como ocurrió con éstas, se pierden y secan con las heladas tardías de primavera.

Por eso decía antes que necesitamos el auxilio del Gobierno, quien por conducto de los agentes oficiales que tenga en Hobart-Town, capital de Tasmania, puede adquirir semillas de eucaliptos ó *gomeros* de especies aclimatables.

Allí, apesar de haber inviernos crudísimos, existen especies adecuadas y propias para arenales, para terrenos secos y para terrenos inundados; estas últimas serían excelentes para esta vega, sobre todo si procedieran de regiones montañosas cubiertas de nieve.

—¿Puede V. ponerme algún ejemplo *reciente* de que la destrucción del arbolado seca las fuentes y causa la ruina de un país?

—Que las arboledas aumentan la cantidad de aguas meteóricas y por consiguiente de las telúricas, es axiomático, y de ello le citaría á V. mil ejemplos, pero como les quiere V. *recientes,* indicaré algunos que he visto citados en la revista francesa *La Nature* en los números correspondientes al 2 de Febrero y 22 de Junio del año actual.

Para que se vea la influencia que sobre el régimen hidrológico de un país ejerce la desaparición del arbolado, puede servir de excelente ejemplo lo ocurrido en el distrito agrícola de Monroe, en el Wisconsin, donde se dedican casi exclusivamente á la fabricación de quesos y á la cría de ganados.

Allí han talado en grandísima extensión la selva primitiva para formar praderas.

Las talas principiaron hacia el año 1840. Hasta el año 1887 apenas se conocieron los efectos de la falta de arbolado, únicamente se notaba que disminuía paulatinamente la cantidad de las corrientes acuosas; pero desde esa época en que las talas han sido enormes (pues han roturado el 84 por 100 de las selvas, no dejando apenas el 6 por 100 de arbolado) el mal aumenta con una intensidad deplorable. Los cauces, ríos y fuentes se han secado en su mayor parte, y las fábricas hidráulicas se van cerrando porque no pueden trabajar en estiaje.

En el Sudan, según sabios ingenieros, se observa que la deforestación ha causado grandes perjuicios, desecando el aire y el suelo, formando una flora especial, desértica, caracterizada por su resistencia extrema á las sequías, pero que no es de utilidad para el hombre.

En Cabo Verde, región que como su nombre indica era á mediados del siglo XVIII, según el naturalista Adanson, una inmensa selva recubierta de verdura, hoy día es completamente estéril. La consecuencia de esta transformación ha sido *la ruina total del país*, pasando por las etapas siguientes:

« *Disminución del régimen pluvial; prolongación de*

la estación seca; descenso de las corrientes de los rios; desaparición de grandes superficies de agua; pésimas condiciones de cultivo, *y empobrecimiento general.*»

Lo mismo dice Loncoche que ocurre en el Congo, Guinea y Senegal, regiones ha poco cubiertas de inmensas selvas vírgenes, que se creían inagotables, y que por la bárbara costumbre que han adquirido los naturales de esos países, de quemarlas para espantar y coger la caza, por esa incalificable imprudencia, han sido transformadas las selvas en verdaderas estepas.

El hombre, por falta de cultura unas veces, y por exceso de ambición otras, es el causante de este régimen ruinoso.

Al hombre ilustrado y á los Gobiernos de buena voluntad les corresponde hacer grandes esfuerzos para alcanzar el remedio.

¿Seremos tan salvajes como los del Congo y otras regiones bárbaras del Africa, que por un beneficio personal momentáneo causan perjuicios generales é irreparables?

Siento decirlo, pero he de confesar con ingenuidad que en lo referente á la protección que debemos dispensar á las aves y plantas del campo, vivimos aquí un tanto atrasados; habiendo en nuestras campiñas indivíduos con poca cultura que se complacen en poner de manifiesto instintos atávicos de vandalismo que les impele á destruir cuanto de bello y útil encuentran al paso; y dicho se está que en estas condiciones, es imposible encontrar quién se preste á ser el redentor que se atreva á tener la abnegación y el civismo necesario para atajar el mal.

Se hace preciso que los Gobiernos se vayan preocupando de nuestra instrucción, procurando enseñarnos á respetar las leyes y obligándonos á todos á cumplir con nuestro deber.

—No prosiga V., estoy plenamente convencido de cuanto me dice, y aun en parte lo estaba de antemano. Tengo leído en el *Libro de los Juegos Florales de Pa-*

lencia un trabajo de V. que si no es indicio de perseverantes estudios, por lo menos denota que es fruto de atenta observación, y en él he visto consignadas la inmensa mayoría de las especies arbóreas espontáneas en el país, citando muchas que pudieran ser aclimatables. En ese estudio he visto el beneficio inmenso que puede obtenerse del arbolado, pero le han faltado consignar dos casos prácticos dentro de nuestra comarca.

—Ahora es á mí á quien le corresponde preguntar. ¿Qué casos prácticos son esos?

—Recordará V. que aquí en Saldaña han desaparecido las mimbreras espontáneas y antes abundantísimas en las orillas del río Carrión, quedando solamente como muestra dos ó tres, que por ser de particulares y estar acotadas las respetan.

—Efectivamente, lo recuerdo, y sé que los dueños acostumbran dividir estas mimbreras en parcelas que alternadamente las van podando para vender la leña como combustible sumamente barato, á peseta ó cinco reales el carro y cargar cuanto se quiera.

—¿Cuánto dirá V. que daba una casa de Barcelona al dueño de una de estas mimbreras por hacer las cortas por su cuenta durante seis ó más años, impidiendo durante este tiempo la entrada de ganados? Debo advertirle que esa casa catalana se dedicaba á la industria de cestería, contruyendo con mimbre sillas de jardín y comedor, etc.

—Daría de 80 á 100 pesetas.

—Daba en dinero contante y sonante *1,500 pesetas anuales.*

—No vale tanto el terreno.

—Ciertamente, no lo vale, ni con mucho, porque son arenales y cantos rodados.

—Entonces, de ser esto cierto, cómo no siguen ustedes el ejemplo y hacen plantaciones de esa índole?

—Muy sencillo, porque no tenemos terreno propio donde hacerlas, y si nos apropiamos de una cascajera inservible, y á fuerza de tiempo, de dinero y de afanes

la repoblamos de mimbres, cuando la mimbrera está en condiciones de producir, nos la denuncia cualquier pelagatos, y entonces la Hacienda que no tiene en cuenta que contribuímos á encauzar el río y evitamos inundaciones, la Hacienda, repito, que no se casa con nadie, nos dividiría; con lo cual los terrenos continúan improductivos, el Estado no obtiene utilidades y nosotros sufrimos los perjuicios consiguientes.

Otro de los casos por usted no citados, es lo que puede producir un plantío.

No habrá usted olvidado que un vecino de Quintana poseía el más hermoso plantío de la Vega.

—Recuerdo de ese plantío por la regularidad de la plantación.

—Pues bien, ese plantío fué cortado á los 18 años y produjo al dueño bastante más utilidad que la producida después por la tierra, esmeradamente cultivada, durante otros 18 años; y hay que tener en cuenta que entonces la madera estaba tres veces más barata que hoy día, y el plantío no producía gasto ninguno, ahorrándose jornales, abonos, riegos, excavas, etc.

—Cómo son ustedes tan tercos, que no se apresuran á hacer plantaciones viendo ejemplos tan prácticos?

—Vemos la utilidad más clara de lo que usted supone, pero hoy no es posible hacer plantaciones; es ya tarde.

Por haber cavado el campo hemos destruído el césped; por haber descepado los plantíos y descuajado los sotos, nos hemos quedado sin leñas y sin hierbas, y como el ganado le tenemos hambriento, en el momento que plantamos árboles tiernos, las caballerías y aun los bueyes, van á *ronchar* las cortezas, y las plantas se secan.

De esto podíamos defendernos tomando más precauciones; pero lo peor es la gente maleante que va aumentando en los pueblos; esa gente arranca descaradamente los plantones para quemar y delante de nosotros se les llevan á casa; y si les reprendemos, si afea-

mos su proceder, nos contestan serenamente, que no van á morirse de frío teniendo leña los ricos.

—Unanse ustedes los propietarios y denúncienles á las autoridades.

—No hay razones que valgan. Ni nos atrevemos á denunciar; ni las autoridades rurales, que son demasiado tímidas y tolerantes, se atreverían á hacernos justicia, so pena de sufrir alguna venganza por parte de los infractores; así pues, lo mejor para no sufrir disgustos ni tener sinsabores es dejar las cosas como están.

Con un dejo de amargura he terminado la conversación con el agricultor saldañés; y ahora para concluir, quiero que los representantes oficiales y todas las personas influyentes y de buena voluntad que me escuchan se penetren bien de la trascendencia de lo que llevo dicho.

Hay que vulgarizar los principales preceptos higiénicos; hay que propagar entre el público de las aldeas estas máximas por unos desconocidas y por otros desatendidas.

Conviene hacer algo de lo aquí expresado, para beneficiar á estos dignos habitantes un tanto olvidados ó preteridos por los poderes públicos, para que aumente la población y estando sanos puedan ser útiles á la sociedad.

Ya saben las autoridades, que á ellas las está encomendado el cumplimiento de un deber sagrado, cual es el de velar por la conservación de la salud de los pueblos; cumplimiento que no deben desatender jamás, porque la salud no puede inventarse, es un don de valor inestimable que sólo se aprecia debidamente cuando se pierde; ya saben que un pueblo enfermizo puede llegar á ser no sólo inútil, sinó hasta peligroso para la sociedad.

Procúrese instruir á estos labradores para que respeten mejor las leyes, pues llevados de una mal entendida ambición, destruyen la caza, que en otros países

suelen ser un venero de riqueza; exterminan la pesca, contribuyendo á encarecer las subsistencias; talan los árboles, privándose de la lluvia benéfica tan necesaria para sus campos; arrancan la capa vegetal del terreno, para convertirlo después en un cenagal inmundo, que mina la salud de los hombres y mata de hambre á los ganados; en una palabra, no saben lo que les conviene; ven el provecho personal del momento, pero no llegan á comprender el perjuicio terrible que legan á sus hijos.

Facilítese la repoblación del arbolado; concédanse á los trabajadores las tierras que puedan ganar al río y á los cenagales, y pronto se verá desaparecer la maléfica influencia que las aguas estancadas ejercen en la morbicidad del país.

Ya os he recordado lo que hacen otras naciones para combatir el paludismo; ya sabéis que los terrenos desecados triplican por lo menos su valor; de inhospitalarias, algunas comarcas se hacen salubres y habitables; y en cambio, allí donde la negligencia de los moradores ó la desidia y abandono de los poderes públicos cruzándose de brazos, no ayudan á practicar trabajos de saneamiento, las fiebres reaparecen.

La higiene, como dice Poincaré, no es cuestión individual, ni municipal, es más bien nacional, mejor dicho, es cuestión internacional; así pues, cuantos esfuerzos hagan los organismos oficiales para repoblar los campos denudados de Castilla con objeto de atraer las aguas pluviales y asegurar el curso de las fuentes, todo cuanto se haga en éste sentido redundará en beneficio de esta nuestra querida región, y será dar un paso más en la resolución del problema agrario.

AQUILINO MACHO.

Saldaña, Agosto, 1907.